

Historia pasada de la Filosofía; y en esto está su alto sentido y valor insustituible y su legitimidad histórica, y está muy señaladamente el carácter interno de este sistema de subyunciones, absorciones y resoluciones ideales que es el corazón y la pulsación vital del Hegelianismo, y en él está el carácter que él mismo llama y proclama de positivismo y conciliación superior histórica y sintética, y por esto es la definición de conclusión, la llave maestra de toda la historia pasada de la Filosofía. Porque toda esta Historia, fundada en el absolutismo subjetivo, mira al mundo y lo conoce y recorre con el medio subjetivo de un pensar ideal puro que él cree que es el pensar subjetivo-real (y en esto yerra y no se conoce), y con la pura fuerza de su concepto é idea sin dar un paso más allá (en la esencia) ni más alto. Pero hace esta obra mal é irregularmente, como sin la conciencia clara de lo que hace ni de su principio. Y Hegel hace esta obra con el mismo principio, el pensamiento puro, la idea, con conciencia y sistema, y sólo por la fuerza formal del enlace (la lógica) y no por otra fuerza, alcanza á sujetar toda la realidad: Dios, la naturaleza, el espíritu á la unidad (formal) del pensamiento, que es lo más grande, lo más poderoso que puede hacer el pensamiento humano con sus solas fuerzas y sin más medio trascendental y divino que el de la lógica, lógica formal, no real, subjetiva, no objetiva, por más que Hegel lo diga, porque en vez de adecuarse esencialmente al objeto, sujeta ésta el objeto á sí, lo liquida, lo resuelve en sí; y esto no es ser objetiva sino objetiva-bajo-subjetiva; y esto no es resolver la cuestión, sino forzarla.—Pero como quiera, la lógica, aún seca y formal como es, tiene, si es sistemática y por esto, una virtud divina, y es el más íntimo y puro reflejo de la verdad real y de Dios, y es capaz de asemejar el pensamiento humano al divino, más, mejor y con más seguridad que las categorías de Schelling.

A pesar de la contradicción en la escuela, de la desarmonía entre naturaleza y espíritu, de la absorción de la individualidad, de la negación de todo principio de immanencia, de la desestima del sentimiento y la vida como algo real sustantivo, Hegel es el hijo gigante, el parto de los siglos filosóficos, y fascinará aún largo tiempo al mundo.—También es hijo del cristianismo en cuanto idea abstracta que refleja la objetividad (en el corazón y la fe y la voluntad), pero sólo en Hegel la refleja conscientemente; pero no la conoce y reconoce, y se conoce en, por y mediante ella; no la sabe con la ciencia racional de la objetividad misma, y por tanto no se reconoce á sí

mismo en toda su verdadera enfundamental razón objetiva, como objeto también racional y real, en razón del objeto absoluto, de Dios, que es el derecho, el firme, el fundamental, el racional, el armónico modo de conocer. Esto no lo hace Hegel, más bien niega esto; pero negándolo en principio, acerca más su principio al principio negado; contradiciéndolo radicalmente está más cerca de él...

Febrero, 1862.

LA MUERTE DE GARCILASO,

DRAMA LÍRICO.

PERSONAJES.

GARCILASO DE LA VEGA.

CONSTANZA, *su esposa*.

CÁRLOS V.

LARA, *capitán de los tercios españoles*.

Soldados del Emperador.—Campesinos.—Campesinas.—Monjes.—Hombres y mujeres del pueblo.—Caballeros.

La escena del primer cuadro es en un sitio campestre del Mediodía de Francia, inmediato á la villa y castillo de Frejus: la del segundo, en Niza.—Año de 1536.

ACTO ÚNICO.

CUADRO PRIMERO.

Pintoresco y vasto campamento de las tropas del Emperador.—Á la izquierda del fondo, y muy lejos, se divisan algunas casas de la villa de Frejus.

ESCENA PRIMERA.

SOLDADOS.—Luego LARA.

(Los soldados aparecen formando grupos y hablando con calor é interes.)

SOLDADOS.

¡Torpe vergüenza!

¡Duro rubor!

¡Que á campesinos luego no venza
Nuestro caudillo y Emperador!

(Viendo venir á Lara.)

Mas aquí se acerca airado

Lara, el bravo capitán:

Él dirá lo que hubiere pasado;

Pues el trance es que un puñado
De villanos burlándole están.

(Rodean á Lara que sale en ademán preocupado.)

LARA.

¡Mudable es la fortuna!

Después que honor y gloria

Sobre la Media Luna

Nos dió tanta victoria;

Hoy de Frejus la torre,
Que nadie ya socorre,
Nos cubre de baldon;
Pues, viendo el fin que aguarda,
Resiste á la bombardada
Que truena en ronco son.
Labriegos tiene por defensores,
Pero soldados parecen ser
Que las fatigas y los rigores
De la campaña pueden vencer.

SOLDADOS.

Será fuerza domeñarlos,
Pues deshonra fuera ver
Que del cetro del gran Cárlos
Humillasen el poder.

LARA.

(Tratando de sosegar su indignacion.)

Calmad esa impaciencia
Del belicoso ardor:
Hoy quedarán rendidos
Ántes que muera el sol.

SOLDADOS.

¿Y cómo...

LARA.

Que cien hombres
De arrojo y decision
Presto al asalto suban
Quiere el Emperador.

UNOS SOLDADOS.

¡Bravo! Seré uno de ellos.

OTROS.

Tambien me ofrezco yo.

LARA.

Y para insigne jefe
De tan heroica accion,
Brindóse Garcilaso,
Y al punto le nombró.

SOLDADOS.

(Dando muestras de gozo y entusiasmo.)

¡Garcilaso? ¡Victoria segura!
Palma insigne sabrá conquistar;
Que, si es vate de amor y ternura,
Es temido guerrero sin par.

LARA.

La refriega será prueba dura
Del que anhele con honra lidiar:
Quien pretenda medir su bravura
Vuele al punto, la muerte á buscar.

(Los soldados se van apresurados por diversos puntos del fondo.—
Garcilaso sale por la izquierda.)

ESCENA II.

LARA.—GARCILASO.

GARCILASO.

(A Lara que va á seguir á los soldados.)

Detente, Lara amigo.

LARA.

El noble Garcilaso ¿qué me ordena?

GARCILASO.

Que al asalto mortal vengas conmigo.

LARA.

Iré. Mas ¿cómo triste
Pareces cuando hay lid? ¿Cuál es tu pena?

GARCILASO.

Siempre, Lara, me viste
Tranquilo ir á la muerte:
Hoy temo la mudanza de la suerte.

LARA.

¿Qué dices?

GARCILASO.

Sí, mi esposa,
Mi querida Constanza,
Incauta y valerosa,
Y en alas del amor que á todo alcanza,
Hoy llega al campamento.

LARA.

¡Fatalidad!

GARCILASO.

(Triste.)

Que moriré presiento.

LARA.

(Animándole.)

¡Morir? No tal.

GARCILASO.

(Indicándole que parta.)

Pero... la gente apresta.

LARA.

Al punto voy.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA III.

GARCILASO.—A poco CONSTANZA.

GARCILASO.

Sí, ve. Mas... ¿desvario?

(Volviéndose y mirando hácia la derecha.)

¡Oh Dios! ¡Constanza es ésta!

(Sale Constanza.)

CONSTANZA.

Yo soy, tu esposa fiel, esposo mio.

(Arrojase en sus brazos. Garcilaso queda unos momentos como
anonadado.)

GARCILASO.

¿Por qué, mísera, quisiste
Ver los campos de batalla?

CONSTANZA.

Por calmar mi pecho triste
Que de afan muerto se halla.

(Con expresion de tristeza y terror.)

¡Era una noche lóbrega
Como la suerte mia!
Sola, mis mudas lágrimas,

Pensando en tí, vertía;
 Cuando veloz el viento
 Trajo remoto acento,
 Y el alma ver creyó...
 Que en lid donde espirabas
 Doliente me llamabas,
 Estando léjos yo.

Y, de mortales congojas llena,
 Ciega á tu lado quise venir;
 Diciendo el alma con honda pena:
 « Quiero, si muere, verle morir. »
 (Garcilaso la escucha con expresion de gratitud.)

GARCILASO.

¡Tierna Constanza mía!
 ¡Flérida en dulce día!
 Es tan noble y profundo tu amor,
 Que tu locura olvido,
 Y hasta perdon te pido,
 Sin poderte culpar mi rigor.

CONSTANZA.

Hoy vas á lid de muerte,
 Mas no temo la suerte
 Si me encuentro cercana de tí;
 Que en la lucha homicida
 Velaré por tu vida
 Suplicando á los cielos aquí.

GARCILASO.

(Con esperanza de triunfo.)

Fortuna risueña
 Mi egida será.

CONSTANZA.

Del triunfo la enseña
 Tu mano alzará.

(A duo.)

GARCILASO.

Si la fuerza de mi espada
 Carlos hoy por dicha ve,
 Luégo en lira enamorada
 Tu nobleza cantaré.

CONSTANZA.

Si del áspera jornada
 Retornar mi amor te ve,
 Luégo en lira apasionada
 Cantarás mi ardiente fe.

(Comienza á oírse una marcha militar, por el fondo, izquierda. Garcilaso y Constanza miran en dicha direccion. Cuando lo marca el diálogo aparece Carlos V, seguido de algunos capitanes.)

ESCENA IV.

DICHOS.—Luégo D. CARLOS.

GARCILASO.

Constanza, aquí viene
 Nuestro Emperador.

CONSTANZA.

Temo su presencia.

GARCILASO.

No la temas, no,

Porque sus bondades
 Grandes, cual él, son.

DON CARLOS.

Salud, Garcilaso.

(Con extrañeza.)

¡Una dama!..

CONSTANZA.

(¡Ay Dios!)

GARCILASO.

(Inclinándose, así como ella, ante el Emperador.)

Ante vuestra planta
 Rendido ¡oh señor!
 Os pido por ella
 Disculpa y perdon.

DON CARLOS.

¿Quién es?

CONSTANZA.

Soy su esposa.

GARCILASO.

Trájola su amor,
 Creyendo en las lides
 Ser mi salvacion.

DON CARLOS.

(Muy cortés.)

Bienvenida. Alzaos:

(A Garcilaso.)

Te quiere, por Dios.

(A Constanza.)

Mereceis por noble
 Que os admire yo.

(Con acento de commiseracion.)

En instante fatal venís, señora,
 Cuando un asalto debe comenzar
 En que el esposito fiel que en vos adora
 Va su sangre tal vez á derramar.

CONSTANZA.

Nada temo que en bárbara pelea
 Hoy su sangre leal pueda verter,
 Con tal, señor, que en vuestra gloria sea,
 Y que á su lado yo le pueda ver.

GARCILASO.

Hoy cual nunca mi acero está empeñado
 En quedar en la lucha vencedor,
 Pues al par que los lauros del soldado
 Tengo la dulce palma del amor.

DON CARLOS.

(Indicando á Garcilaso que parta.)

Vé, pues: fortuna y brio:

La gente á partir va:

Bajo el amparo mio

Constanza quedará.

(A tres.)

GARCILASO.

(Al Emperador.)

Por esa noble

Merced notoria,

Con ánsia doble
Busco la gloria.

(A ella.)

Tierna Constanza,
Piensa en los dos:
Ten esperanza:
¡Oh esposa, adios!

CONSTANZA.

(A Garcilaso.)

Tu diestra noble
Tendrá victoria,
Y en premio doble
Dichas y gloria.
Dulce esperanza
Mándeme Dios:
Piensa en Constanza:
¡Oh esposo, adios!

DON CÁRLOS.

(A Garcilaso.)

Tu ardor redoble
Buscando gloria:
Te guarda noble
Premio la historia.
Ve que se alcanza
Sólo por Dios:
¡Buena esperanza!
¡Oh bravo, adios!

(Garcilaso se va por la izquierda del fondo.—D. Carlos, acompañando á Constanza, por la derecha.—La escena queda sola unos momentos.—Empieza á oírse el fragor del combate.—Por diversos puntos salen soldados, campesinos y campesinas, que figuran ir observando los acontecimientos del mismo.)

ESCENA V.

SOLDADOS.—CAMPESINOS.—CAMPESINAS.

UNOS.

Ya comenzó el combate.

OTROS.

La lucha es ruda y fiera.

UNOS.

Mi pecho ardiendo late.

OTROS.

¡Oh quién allí estuviera!

TODOS.

Sin temor á mortíferas balas,
En los muros pusieron escalas:
Los guerreros trepando se ven.
Garcilaso camina el primero:
Ya en la torre fulgura su acero:
Sus valientes le siguen tambien.

(Transición.—Con espanto y dolor.)

Mas... ¡oh! ¡Negra suerte!

Si el triunfo alcanzó,

Por manos infames herido de muerte,
De aquellas almenas al foso cayó.

(Pausa.—Todos quedan aterrados. El Emperador sale con visibles señales de preocupación y disgusto.)

ESCENA VI.

DICHOS.—D. CÁRLOS.—A poco, LARA.—Después CONSTANZA.

DON CÁRLOS.

¡Oh victoria funesta!
¡Oh memorable, misera jornada!
¡Cuál tu gloria me cuestal
Con la sangre preciada
Del soldado mejor está manchada.

(En tono imperativo.)

¡Sús! volad, los caballeros,
Y traed al punto acá
Al que es flor de los guerreros
Que de muerte herido está.

(Algunos se van.)

LARA.

(Saliendo por la izquierda.)

Noble César, la victoriosa
Garcilaso encadenó.

DON CÁRLOS.

Mas la prez de tanta gloria
Con su sangre al fin selló.

CONSTANZA.

(Por la derecha y atligida.)

¡Es verdad, señor, la nueva
Que mi pecho hirió cruel?

DON CÁRLOS.

¡Sí, Constanza!

CONSTANZA.

¡Ruda prueba

Que hace Dios del alma fiel!

(D. Carlos mira con interes hácia el punto por donde se fué Garcilaso. Constanza quiere marchar en dicha direccion, pero le faltan las fuerzas.)

DON CÁRLOS.

Mas... aqui viene.

CONSTANZA.

Le traen... si...

¡Fáltanme fuerzas!

¡Hora infeliz!

(Garcilaso, herido, sale apoyándose en varios soldados.)

ESCENA VII.

DICHOS.—GARCILASO.

GARCILASO.

Invicto César... adorada esposa...
Mis momentos de vida fatigosa
Ya contados están...
La lira do canté mis ánsias fieles,
La espada que ganó tantos laureles...
Conmigo... morirán...

CONSTANZA.

(Con desesperacion.)

¡Le escucho y vivo?

¡Pecho cruel!

Si aquí no muero,

Nunca le amé!

DON CÁRLOS.

(A Garcilaso.)

¡Oh! no desmayes:

À Niza ven

Donde la ciencia

Salud te dé.

(En este momento entra un grupo de soldados y se dirige al Emperador.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—OTROS SOLDADOS.

SOLDADOS.

Noble César, los villanos
Prisioneros tuyos son;
Y á la muerte ya cercanos
Gracia piden y perdon.

DON CÁRLOS.

(En un rapto de cólera.)

Todos perezcan.

GARCILASO.

(Suplicante.)

¡Ah!... ¡Qué escuché!

¡Piedad con ellos!

DON CÁRLOS.

(Con entereza.)

No, por Luzbel:

Tu sangre pide

Sangre verter:

(A los soldados.)

À nadie, á nadie,

Perdon se dé.

(A CUATRO.)

DON CÁRLOS.

Quien así mis banderas ha honrado
Sin venganza no puede quedar:
¡Lauro eterno al valiente soldado!
¡Palma eterna al poeta sin par!

CONSTANZA.

Dios elemento, que así lacerado
Ves mi pecho por hondo pesar,
Si su instante postrero ha llegado,
Haz que pueda con él espirar.

GARCILASO.

(Con entrecortado acento.)

Combati como noble soldado
Prez y gloria queriendo lograr;
Mas mi fin... ¡oh Constanza!... ha sonado:
Pronto muerto... me habrás de llorar.

LARA.

Es ilustre y heróico soldado:
Es poeta de dulce cantar:
¡Digno amigo del rey afamado
Cuyo nombre hace al mundo temblar.

CORO GENERAL.

Si es el uno valiente soldado,
Es el otro monarca sin par:

Garcilaso cual fuerte ha luchado:

Cárlos sabe cual juez castigar.

(Varios soldados, sosteniendo á Garcilaso, se dirigen hácia la derecha del fondo. Los demas personajes les siguen.)

CUADRO SEGUNDO.

Gran plaza de Niza.—Algunos de sus balcones y ventanas aparecen enlutados.—Es la hora de ponerse el sol.

ESCENA ÚNICA.

HOMBRES y MUJERES del pueblo.—Luégo, SOLDADOS.—CONSTANZA.—MONJES.—GARCILASO.—DON CÁRLOS.—CABALLEROS.

(Por diversos puntos, y poco á poco, van saliendo hombres y mujeres del pueblo, en ademan de aguardar algun suceso.—La orquesta preludia tristemente.)

MUJERES.

Hondo lamento,

Voz de agonía,

Fúnebre acento

Pide este día.

HOMBRES.

Murió el noble Garcilaso,

Timbre del suelo español:

Baja y vélate en ocaso;

Nunca tornes, claro sol.

(Oyese una marcha fúnebre, cada vez más cerca. Luégo empieza á desfilar, cruzando por el fondo, una ordenada comitiva, compuesta de soldados y monjes; éstos con hachas encendidas. Cuatro de aquellos, suspiéndole en sus manos, sacan una especie de lecho, ó angarillas, en que se ve difunto á Garcilaso, cubierto el medio cuerpo inferior con el manto de Calatrava.—Cuando están hácia el centro, se paran breves momentos, porque sale Constanza, enlutada, y arrodillándose ante el cadáver, coge apasionadamente una de sus manos.—Cierra el cortejo el Emperador, seguido de caballeros y pueblo.)

CONSTANZA.

(Con extremo dolor.)

¡Ay mi bien! Tus ojos cierra

Sueño que no ha de acabar...

¡Duerme tú, que yo en la tierra

Quedo viviendo... para llorar!

(Vuelve á marchar el cortejo.)

MONJES.

De profundis clamavi ad te, Domine:

Domine, exaudi vocem meam.

(Los hombres y mujeres que estaban en la plaza se inclinan en seña de respeto.)

CORO GENERAL.

Ya sus despojos que yacen yertos

Cubra la tierra con su piedad:

¡Luz á los vivos, paz á los muertos!

¡Señor, piedad!

(Constanza permanece arrodillada. El cortejo fúnebre desaparece.)

ANTONIO ARNAO,

de la Academia Española.